

recibir los laureles de la victoria en Michoacán. Empero éste declinó, por deber y por modestia, tan halagüeña honra.

Ahora bien, el 24 de Diciembre recibió aquel jefe un papelito que, por el misterio con que se lo entregó una soldadera desconocida, me pareció que le había sido enviado por Madrigal. ¿Qué contenía? Desde luego el coronel activó los trabajos de vestuario y de parque emprendidos, encareciendo la urgencia de terminar la obra en dos días; pasó revista á sus fuerzas y se ocupó sin descanso en las labores de su secretaría. El día 26 en la tarde supimos que la víspera habían evacuado la plaza de Uruapan los traidores, lo que nos hizo comprender al fin cuál era el contenido de la carta recibida por Villada; así es que cuando se dió la orden de marcha para el día siguiente, todos manifestaban su entusiasmo con exclamaciones de alegría. Ibamos á ver aquella ciudad simpática y hospitalaria después de nueve meses de ausencia, nueve meses en que aquel pueblo liberal sufrió la tiranía de los soldados del imperio.

Eran las once de la mañana del 30 cuando hicimos nuestra entrada triunfal en Uruapan. De los seis mil habitantes que entonces tendría la ciudad, lo menos cuatro mil llenaban las calles de "Cupatitzio" por donde nos dirigíamos á la plaza: todos, no hay exageración en la frase, todos nos ofrecían coronas, todos prorrumpan en vivas atronadores, muchísimos lloraban de alegría. Las campanas repicaban alegremente, ensordecía el incesante tronar de los cohetes; las calles estaban tapizadas de flores, los balcones adornados con banderas tricolores, las músicas tocaban el himno nacional, y unánimemente se saludaba el próximo día del triunfo de la patria.

CAPÍTULO XLII.

(1867)

El volcán próximo á estallar.—Salida de Uruapan.—El Ejército del Centro.—Entusiasmo.—Toma de Pátzcuaro.—Fusilamientos.—Cuantioso botín.—Estéril expedición sobre Acámbaro.—Una retirada desastrosa.—Aumento de fuerzas.—Ataque á Zamora.—Las tropas de Sinaloa.—Fuga de la guarnición.—Ocupación de la ciudad.—El 5 de Febrero.—¡A Morelia!—Noticia del abandono de esta ciudad por la brigada Méndez.—Cómo se despidió de ella el jefe imperialista.—El coronel Garnica.—Entrada solemne en la capital del Estado.—Reorganización del Gobierno.—La división de Michoacán en Querétaro, San Lorenzo y México.—Triunfo de la República.

El general Régules continuaba invisible, y sin embargo se sentía su acción; circulaban sus órdenes sin fecha ni lugar de procedencia, pero apremiantes y oportunas. Había en la extensión del territorio michoacano un trabajo prodigioso; se multiplicaban las pequeñas partidas que iban uniéndose incesantemente hasta convertirse en fuerzas respetables. Era como la labor subterránea de un volcán próximo á estallar.

En Uruapan, Villada desplegó una actividad asombrosa. Herreros, talabarteros, sastres, gente que hacía parque, todos se pusieron á trabajar de día y de noche. Sólo la tropa descansaba.

Había entrado el año de 1867. El día 1º en la noche, el coronel recibió un correo del Cuartel General; el 2 nos pusimos en marcha y pernoctamos en Taretan; el 3, á las dos de la tarde, llegamos al pequeño pueblo de Ajuno, que dista cuatro leguas de Pátzcuaro. No obstante que la tropa creía que

no quedaba en el Estado más fuerza que la de Villada, como ésta era ya de mil hombres bien equipados y municionados, los soldados juzgaban que se intentaba atacar aquella ciudad, y todos ansiaban llegar, con la esperanza del triunfo, por más que la empresa pareciese arriesgada. Los proveedores y forrajistas recibieron la orden de dar lleno á su misión. En la noche el pueblo estaba enteramente iluminado, pues en cada casa había tropa ó se alojaban los jefes. Reinaba no sé qué de alegría, en los cuarteles y hasta en las cuadradas, los caballos, bien alimentados, relinchaban de placer.

Amaneció el día 4, y después de que se sirvió el rancho, se mandó que los soldados diesen badanazo á sus armas. Parecía extraña aquella disposición, cuando estábamos tan cerca del enemigo. Comenzó á dudarse del ataque á Pátzcuaro, puesto que sólo una sorpresa habría sido el medio de llevarlo á cabo. A las dos de la tarde el clarín de órdenes comunicó la de ensillar. Acto continuo se oyó de nuevo el alegre toque de *rancho*; los soldados comieron con impaciencia. A las tres emprendimos la marcha rumbo á la ciudad del lago.

Ya no se observaba en la tropa el entusiasmo de la víspera; todos creían que se había perdido la oportunidad del ataque. Sin embargo, como hombres y caballos estaban fuertes y descansados, caminábamos de prisa. A las cuatro y media divisamos la ciudad á media legua de distancia. Oímos muchos disparos, y luego llegó apresurado un oficial de los exploradores, que dió parte al coronel de que el capitán Vicente Bravo se había batido con las guerrillas de José María Orozco y Magdaleno del Río, haciéndoles un muerto y obligándolas á volver á la plaza.

A las cinco se tomaron posiciones en el Calvario, pequeña eminencia que por el Poniente domina la ciudad de Pátzcuaro, á doscientos metros de las primeras casas. ¿Por qué no hacía una salida la guarnición, que contaba con más de cuatrocientos soldados, y más de quinientos vecinos armados, valientes y decididos por el imperio? Algo extraño pasaba.

Repentinamente vimos aparecer por el camino de Santa Clara, hacia el Sur, una larga polvareda, poco elevada, como

sucede en la tarde, en que el polvo está más pesado que en el resto del día.

—¡El general Régules! gritaron los soldados, viendo avanzar y situarse á la salida para Santa Clara á una tropa que aparecía por aquel rumbo.

Luego, hacia el Norte, por el Cristo, se divisó otra polvareda, más baja pero más extensa.

—¡Garnica, Ronda y Arias! exclamaron los nuestros. ¡Ahora sí es de veras! ¡Viva México! ¡Mueran los traidores!

Los soldados se habían equivocado en parte. El general Régules llegaba á la cabeza de las tropas de Coeneo, fuertes en más de novecientos hombres; y quien se presentaba por el Sur era Méndez Olivares, comandante militar de la línea de Ario y Tacámbaro, que contaba con setecientos entre infantes y jinetes. La primera división del Ejército del Centro volvía á aparecer como por encanto, compuesta de dos mil seiscientas plazas!

Cerró la noche: en los tres campamentos de los republicanos se encendían centenares de luminarias: el entusiasmo era general; los soldados cantaban los patrióticos aires de la *chinaca*; en tanto que en la ciudad reinaban las tinieblas y el silencio.

A las cuatro de la mañana del día 5 los imperialistas saludaron á los liberales con un cañonazo dirigido á cada uno de los campamentos. Fué un buen medio de despertar á aquellos valientes. A las seis se oía el fuego graneado de la fusilería y se veía el humo de los disparos hechos por los liberales, que iban avanzando hacia la ciudad y que tomaban posiciones dentro de ella, simulando un ataque. A las nueve se daba el asalto, se tomaban varias trincheras y el fuego devoraba el templo de San Francisco, atacado por Villada y defendido vigorosamente por parte del batallón de Pátzcuaro; á las diez se libraban combates en las calles dentro del perímetro fortificado. A esa hora se vieron elevarse llamas espantosas de la colosal parroquia, y pocos minutos después una detonación horrible, que ha de haber sido escuchada á cuatro leguas á la redonda, ensordeció á los que luchaban y á los habitantes pacíficos de la ciudad é hizo cesar por un momento el ruido de

los cañones de la plaza y el de la fusilería de los combatientes. Una inmensa columna de humo y polvo se esparció sobre las casas y en las calles inmediatas á la parroquia. La techumbre de este templo, devorada por el incendio, se había desplomado toda entera.

Apenas había cesado el instantáneo pavor que produjo la catástrofe, cuando los republicanos, al saber el motivo de aquélla, dieron un tercer asalto, que no necesitó ya ser tan vigoroso como los anteriores: los clarines del enemigo tocaban parlamento, los soldados de la guarnición volteaban culatas y se entregaban prisioneros; los jefes y oficiales habían huído, escapándose por las laderas de San José; todo el material de guerra existente en la ciudad había caído en poder del general Régules.

Siguieron escenas de desolación y de matanza. Entre los prisioneros estaban uno de los jefes del destacamento, y aquel Higinio Mondragón de quien he hablado en otra parte, y que en esa mañana también se había empeñado en proferir insultos contra los liberales. Ambos fueron fusilados de orden del general en jefe.

Un feroz fanático llamado Abraham Castañeda, simple paisano que peleó al lado de los defensores de la plaza, se había encontrado oculto en una habitación: Régules mandó que fuera inmediatamente pasado por las armas, y un pelotón de caballería disparó á quema-ropa sus mosquetes sobre aquel hombre. Abandonado el cuerpo, el comandante Arcadio Ruiz Zepeda, que había advertido en él señales de vida, lo trasladó secretamente á una casa, en donde, atendido con eficacia, pudo curarse en poco tiempo. Doce años después Castañeda era el general en jefe de la horda de asesinos, incendiarios y ladrones, llamados *los cristeros*. Batido por Gerardo González en las inmediaciones de Santa Clara, cayó muerto, y por más que sus secuaces esperaban una nueva resurrección, Castañeda en esa vez había mordido para siempre el polvo de la tierra.

Los imperialistas sufrieron la pérdida de varios de sus oficiales entre muertos y heridos; pero la más sensible para ellos fué la de los tenaces contraguerrilleros José María Orozco,

que falleció á consecuencia de las lesiones recibidas á la hora del combate, y Camilo Pureco, que fué uno de los fusilados en ese día.

En cuanto á nosotros, tuvimos que lamentar la del teniente coronel Juan García, muerto al atacar la trinchera de San Francisco, y la de más de cuarenta individuos, oficiales y tropa, necesario sacrificio para alcanzar el triunfo. El teniente coronel García era aquel jefe por el cual fué canjeado el oficial ruso Becker, prisionero en la acción del puerto de Medina.

De tiempos atrás había entre la masa del pueblo, en Michoacán, un odio profundo contra Pátzcuaro, por las ideas retrógradas de sus habitantes y porque eran incontables los liberales fusilados en su recinto desde los días de la insurrección: la época del imperio no había desmentido estos antecedentes. El deseo de venganza era más vivo entre los chinos, y por eso en el día á que me estoy refiriendo fué preciso hacer uso de las armas para impedir que muchos soldados y gran número de indios de los alrededores consumasen el saqueo que habían intentado en multitud de casas. Temeroso el general Régules de que en la noche se repitieran aquellos actos de venganza y bandalismo, ordenó que el ejército pernoctara fuera de la ciudad, llevando consigo, por medio de la leva, á los grupos de indios que con aspecto amenazador recorrían las calles. Esto último tenía también por objeto hacerse de más de mil fusiles repartidos entre los vecinos, y que ocultaban para no ser denunciados como defensores de la plaza. En cambio, con toda reserva se apresuraron á venderlos á las familias de los reclutados para que les sirviesen de rescate.

El comandante Crescenciano López fué nombrado prefecto y comandante militar de Pátzcuaro con beneplácito de los vecinos, que conocían su carácter moderado y prudente. Se nombraron el Ayuntamiento y funcionarios judiciales, y el orden quedó establecido inmediatamente. No sé quién se acordó de que las monjas catarinas habían vuelto á su encierro durante el imperio: inmediatamente ordenó Régules que fuesen exlastradas, y se comisionó al efecto al Lic. D. Manuel

Valdés, nombrado Juez de Letras del lugar, quien con la dulzura y cortesía propias de su carácter, las estuvo llevando á las casas que désignaban. Me acuerdo, porque lo ví, que mientras las monjas ancianas abandonaban el claustro, deshechas en llanto, las jóvenes abrían los ojos, llenas de curiosidad, y respiraban con toda la fuerza de sus pulmones el aire de la calle.

El día 6 el ejército se puso en marcha rumbo á Morelia. Era evidente que no pensaba el general Régules ir á atacar la plaza, porque todo el parque se había consumido en Pátzcuaro y porque además la división iba estorbosa con más de mil, entre prisioneros y reclutas. Pernoctamos en el pueblo de Santa María, á una legua distante de la ciudad, y entonces creíamos que el movimiento tendría por objeto favorecer la defección de algún cuerpo. Tampoco; al día siguiente, antes de amanecer, continuamos la marcha hasta Indaparapeo, y el 8 muy temprano llegamos á Zinapécuaro. Allí, á la vista de todos los habitantes, se hizo un gran cargamento de ocote, y para nadie fué ya un secreto que se iba á atacar á Acámbaro, amenazándolo con el incendio y la destrucción. Nos avistamos, en efecto, á esta ciudad á las tres de la tarde del día 9. La división, con los prisioneros y reclutas, montaba un efectivo de cerca de cuatro mil hombres. Se tomaron posiciones, y varias partidas de caballería fueron enviadas á forrajear.

El general Régules dictó á su secretario la *intimación* á la plaza; la *intimidación*, como decían nuestros chinacos. Un rancho que se cogió en el camino fué el encargado de llevarla. Ni el rancho ni nadie nos trajo la respuesta. La ciudad parecía estar desierta; no se veía un solo habitante en las calles, ningún soldado tras de las trincheras ni en las torres. Había un silencio profundo. Y sin embargo, allí estaban la guarnición y los vecinos resueltos á defenderse. Ni la intimación ni la amenaza del ocote los habían *intimidado*.

A las seis de la tarde mandó el general Régules levantar el campo y emprendimos la retirada. La noche nos sorprendió á poco, y el ocote sirvió entonces para iluminar el camino,

sin que fuera bastante á contener la desertión, que fué espantosa. Antes de amanecer llegamos á Zinapécuaro, y en el mismo día continuamos la marcha por Indaparapeo hasta la hacienda de Irapeo, en donde, rendidos de fatiga, pudimos descansar unas cuantas horas. Volvimos á pasar por Morelia, y el 12 estábamos de regreso en Pátzcuaro, habiendo perdido en la estéril expedición una gran parte del botín del día 5. Nunca me he explicado el móvil que condujo á Régules hasta Acámbaro, sin llevar elementos para atacarla, sin tener inteligencias con sus vecinos, que todos eran partidarios del imperio, y sin la presunción de intimidar al destacamento, que era fuerte en número y compuesto de soldados decididos.

No habíamos descansado un día en Pátzcuaro, cuando se dijo que Méndez, de regreso de La Barca, hasta donde había ido en auxilio de Guadalajara, sin llegar á aquella ciudad, que había caído ya en poder del general Parra, venía á marchas forzadas sobre Régules. Cierta ó no la noticia, nuestro general en jefe ordenó el fraccionamiento de la división. La brigada de Garnica tornaba á sus terrenos de Coeneo, Méndez Olivares á Tacámbaro y Villada á Uruapan. La salida se hizo en la noche y la marcha se verificó en medio de una grande alarma, en que de nuevo perdimos alguna gente que se nos desertó.

En efecto, Méndez regresaba de Jalisco, despechado y furioso de haber tenido que retirarse á gran prisa ante las fuerzas del general republicano D. Ramón Corona. En Zamora dió rienda suelta á su cólera. Impuso un préstamo de seis mil pesos á los Sres. Francisco García, Miguel Méndez, Octaviano Igartúa, Arcadio Dávalos y José María Plançarte; y como los dos últimos solicitasen que el préstamo se derramara entre los vecinos acomodados de toda la población, según lo hacían los liberales, Méndez, lleno de pasión, mandó ponerlos en la cárcel, en donde fueron molestados cruelmente. De esta manera se despidió el jefe imperialista de aquella ciudad, tan adicta á las instituciones monárquicas.

Después de la retirada de Acámbaro, y no obstante la victoria de Pátzcuaro, estábamos derrotados por nosotros mismos. Pero entonces ya no había dificultades de ninguna cla-

se para reparar las pérdidas. Los *torreños* acudían á gran prisa y los pueblos nos ayudaban empeñosamente, no solamente por su patriotismo, sino deseosos de que terminara cuanto antes la guerra. No habían transcurrido diez días cuando Villada tenía ya mil doscientos hombres en estado brillante, y, como se vió, los demás jefes, por su parte, habían aumentado y mejorado sus respectivas brigadas.

El día 28 de Enero se recibió en Uruapan la orden de Régules para marchar al día siguiente. Hicimos el 29 nuestra primera jornada á Paracho, en donde la población en masa salió á recibirnos fuera de las últimas casas, con música y cohetes. Allí se unieron á nuestra tropa los famosos filarmónicos de aquel pueblo, y tuvo Villada, desde ese día, la mejor de todas las bandas, pues no había ya una sola de las brigadas de la división que no llevase la suya. El 30 vencimos el camino en Purépero; el 31, al bajar á Penjamillo, vimos dos columnas que por distintos rumbos avanzaban hacia la población: las tres, inclusa la de Villada, hicieron su entrada en aquella villa á la misma hora. Allí encontramos al general en jefe, quien, con su escolta, había llegado antes que nosotros.

La división contaba con un efectivo de tres mil hombres. De los jefes sólo faltaba Garnica, quien con doscientos jinetes vigilaba á Méndez, que acababa de regresar á Morelia.

Nunca olvidaré aquella tarde, plenamente iluminada por el sol, en que, después de haber visto la exactitud con que llegaban á la cita las tres brigadas, observé la alegría, la animación y el entusiasmo que reinaban en nuestra tropa y en el vecindario de Penjamillo. Allí se reorganizó la división, formándose dos brigadas de infantería á las órdenes respectivamente de Méndez Olivares y de Villada, y otra de caballería al mando del coronel Ronda. Martiniano León tenía á su cargo la artillería tomada en Pátzcuaro.

El día 1º de Febrero se siguió la marcha por la orilla izquierda del río Lerma. En Numarán supimos que Pesquera, con su tropa, había evacuado la Piedad, replegándose á Zamora. Esa noche pernoctamos en la primera de las expresadas ciudades, siendo de advertir que el vecindario, antes tan

partidario del imperio, nos recibió en esa vez con muestras de sincera simpatía, debiéndose este cambio á las exacciones que, con tanto depotismo, cometieron á última hora los jefes de las tropas imperialistas.

El 2 llegamos á Ecuandureo, y el 3 muy temprano nos avisamos á Zamora.

Zamora pasa por ser una de las plazas más fuertes de la República: por ningún lado hay una eminencia que pueda dominarla; la rodean anchos fosos que pueden llenarse de agua á voluntad, abriendo las compuertas del caudaloso río Duero. La ciudad cuenta con varios templos sólidamente contruídos, y gran número de casas de grande elevación y fuertes muros.

Se fundó por los años de 1540, siendo virrey el conde de Tendilla, con privilegio de plaza de armas por ser entonces frontera de la nación chichimeca. Poblaron esta villa algunos españoles y gran número de indios tecos. En 7 de Septiembre de 1827, el 2º Congreso del Estado confirmó á la villa de Zamora el título de ciudad que le concedió el héroe Hidalgo en 1810, en su tránsito para Guadalajara.

Ahora bien, cuando nosotros llegamos sobre Zamora, la guarnición de la ciudad era de mil quinientos hombres con nueve piezas de artillería, á las órdenes del coronel Berna, uno de los jefes más intruídos y valientes del ejército reaccionario.

En la fuerza rural figuraban Pesquera y José María Carriedo, audaces guerrilleros muy conocedores de la localidad, y fungía de prefecto político D. Jesús Matos, acérrimo enemigo de los liberales. Los habitantes en su generalidad eran partidarios del imperio, pero en aquellos días, como llevo dicho, su adhesión á esta causa se había enfriado notablemente.

A todos nos parecía más que temeraria la empresa de atacar á Zamora. Al comenzar la tarde, el general Régules indicó que iba á hacer el reconocimiento de las fortificaciones, y acompañado de su Estado Mayor y de su pequeña escolta emprendió la marcha. El ejército, en tanto, permanecía tendido entre las haciendas de la Tuna, San Juan Bautista y Cha-